

---

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.

*Tip. de Dublán.*

---



DAVID DE MIGUEL ANGEL.

## FRESCA.

«.....  
 .....  
 Cuando tus formas se agitan  
 A respirarlas incitan  
 Como un manojo de rosas »

RAFAEL OBLIGADO.

Es madrugadora: ama el aire ligero de las mañanas, el orto glorioso de la luz, los vuelos rápidos que cortan los horizontes, las primeras ordeñas de leche espumosa, los friolentos manojos de flores. . . . Desatando el abrazo de su amante, salta de la cama, baña su cuerpo con los menudos chorros de una esponja empapada, viste el más albo de sus percales, y va en busca de leche y de violetas. Por los ensortijados de su flotante cabellera resbalan las gotas de agua; sus narices se dilatan para aspirar la aromosa humedad, sus pupilas judías se ensanchan ávidas de aurora, mientras camina, alerta y vivaz, con los juegos candenciosos de sus muslos y el fru-fru de sus sonantes enaguas. Una línea de marfil blanquea entre sus labios, y morenos tintes vinosos coloran sus mejillas. En el establo, ella misma coloca su jarro tapatío bajo las ubres de la vaca, hasta que rebosa el copete de espuma. Vase luego al Mercado de Flores á escoger las violetas más tiernas; se acerca á los grandes ramilletes, los aspira hasta embriagarse, y muchas veces le queda pegado en la punta de la nariz y de la barba el polen resinoso de los estambres rubios.

Prepara el almuerzo y entra á despertar á su amorrado amante. A las palabras inútiles suceden las eficaces cosquillas; y mientras él refunfuña dando vueltas bajo las calientas sábanas, á ella se le salta la risa en sonoros borbollones; y con su risa y sus cosquillas lo encocora tanto, que al fin brinca de la cama, con el pliegue del malhumor en los labios y el penoso parpadeo del despertar en los ojos. A poco rato lo recobra la vida: la pereza se trueca en agilidad y el bostezo en chanza. El mantel limpidísimo, la untuosa mantequilla y el perfumado café aguzan su apetito, y á medida que los sabrosos bocados les contentan el alma, empiezan á retozarles los ojos y las lenguas y los pies, y son subidos de color los dichos, y subidas de fuego las miradas, y subidos de opresión los contactos. . . . . Suenan la hora *canalla* de oficina, y la enamorada madrugadora de pupilas judías despide á su amante con un beso que guarda la frescura matinal de los ramilletes vírgenes.

\* \* \*

En el patiecito tiene sus macetas y sus pájaros. Es un verdadero jardín. Una enredadera florecida trepa sus volutas por alta escala de popotillo; entre grandes y lustrosas hojas abren las gardenias sus pétalos de cera cándida; varas espinosas sostienen exuberantes corolas de castilla; de los búcaros de barro y de los canastos de mimbre desborda en me-

chas indóciles la cabellera de Flora, en la que prende el azahar sus reventados botones; en los barrotes de la ventana cuelga la Primavera lujosos chales; sobre los tapetes de musgo parece que ha caído una nevada de margaritas, y entre las mallas verdes aseman los alambrados de las jaulas y las alas amarillas de los canarios.—Con el cabello recogido sobre la cabeza, como borla de seda china, enrollada hasta medio brazo una manga de la chaquetilla, va y viene entre sus tiestos, derramando con una regadera finísimos hilos de agua sobre las plantas lascivas, y arrojando puñados de granos á los picos voraces de los pájaros. Es su «Paraíso» este patio coqueto. No va á los teatros, ni á los bailes, ni á los almacenes; todas sus economías las gasta en un clavel ó en un jacinto; y al cabo de dos años ha logrado formar un bosque diminuto y delicioso, en donde borda sus ilusiones. «Lo lava, lo peina, lo mima, lo ama:» son sus palabras. Cubre con motas de algodón los botones nacientes de la gardenia, y forma «casitas» para las plantas delicadas, con columnas de carrizo y doseles de petate. El Invierno la entristece; Abril la alegra. Y allí vive: su amante pasa el día fuera, en el trabajo, y ella en el «Paraíso,» sentada en una mecedora, balanceándose con la punta del pie, viendo girar los átomos de plata en un rayo de sol, sintiendo sobre su frente el aleteo de los abanicos primaverales y desgranando sus ensueños mientras gorjean los canarios de oro.

\* \* \*

Con los ojos entrecerrados contempla las viñetas de sus recuerdos:

Hace dos años! Inclinada sobre una mesa de costura, codeando á las compañeras de labor, á la luz de la lámpara, extiende sobre la felpa de un sombrero las alas bermejas de un pájaro disecado. En la vidriera se dibuja una sombra. . . . Alguien espía. . . . Es un joven correcto, nervioso, el mismo que pasa todas las noches frente á la puerta. Ella se lo muestra con un guiño de ojos á la amiga vecina, lo miran las dos con provocativa coquetería y riegan en el taller el claro retintín de sus risas. . . .

Noche oscura, noche de lodo y de frío. Las goteras chorrean, el viento trae empapadas sus ráfagas. . . . Envuelta en su tápalo, la costurera camina rozando las paredes. . . . Un hombre la detiene, la ofrece un paraguas. Un ¡ah!. . . . un rubor que oculta la sombra, el rápido y acompasado andar de una pareja. . . . Después, en la puerta de una casucha de barrio, ella aprieta la mano del joven.—Gra-

cias.—Hasta mañana. Un colibrí revoloteó en su fantasía. Una boca la besó en sueños con besos de almibar.

La alcoba azul! Suspendido del techo con cadenillas nieladas de plata, el globo de luz tenue, de claridad lunar.... En la penumbra, como las abatidas alas del ángel custodio, las cortinas blancas del Tálamo!

Halos del alma!

\* \*

Los domingos salen al campo, cuando la mañana asoma en Oriente rebujada en su peplo de vaporosos celajes. Delicias divinas! suaves como las manzanas de Galatea, puras como la fuente de Blandusia. Buscan los apartados sitios, las escondidas cañadas, donde la sombra sea más verde, más acojinada la hierba, más azules los claros de cielo, más parleros los raudales.... Entre las marañas de la vegetación, él abre paso á su querida, separando las varas espinosas; pero no falta alguna que se vuelva á prender la falda ó á rasguñar los dedos de la muchacha. La ayuda á trepar peñas y á brin-

Febrero 14 de 1893.

car zanzas con disimulado provecho de los ojos bribones y de las manos astutas. La sostiene del talle cuando se inclina sobre el arroyo, trémula y risueña, para llenar su jícara que sale del agua desparramando un capelo de cristal. Y juegan y corren hasta caer rendidos, bajo la sombra de un árbol, sobre un lecho de mandrágoras. Redes de hojas somborean su frente, mana precipitado su aliento, tiembla la curva de su seno.... Su cabellera negra y encrespada parece una piel salomónica en que descansa su cabeza. Qué bella está para el abrazo! Las lianas se enredan al árbol.... Qué bella está para el beso! Los panales destilan gotas de miel virgen.... Qué bella está para el amor! En la fuente de los helechos, el palomo sacude sobre la paloma su plumaje blanco....

\* \*

Y así viven. Aún la acaricia el aura de Abril que desabrochó su virginidad: está fresca como un raudal de aguas vivas, como un manojo de tiernas rosas, como el Verso del poeta argentino.

JESÚS URUETA.

---

## DE "EL POEMA DE LA MUJER."

---

En la lívida tarde la tristeza  
 Crepuscular del día que se apaga;  
 Crespones de dolor en el espíritu;  
 Recuerdos olvidados; las lejanas  
 Memorias, que de pronto se despiertan;  
 Toques de luz, apariciones diáfanas  
 Y una melancolía misteriosa,  
 Suave como las sedas, en el alma.  
 Y entonces escuché como un acento  
 Que alzándose en mi sér, decía: ¡ama!

\* \*

¡Ama! La vida es buena; que tu espíritu  
 Se empape con fruición en las arcanas  
 Delicias, en los goces misteriosos  
 De la alegría de vivir....

Ama

El oro de los tímidos crepúsculos,  
 Los vaporosos velos de las albas,  
 La púrpura del rojo mediodía  
 Y el azul de las noches estrelladas.  
 Ama la risa que abre su corola  
 Como una cristalina flor; la savia  
 Primavera, que enciende las mejillas  
 Y en luminosa floración estalla.  
 Ama el sol, que salpica de rubíes  
 La sombra de las negras enramadas;

El perfume, que asciende como errante  
Espíritu; la música, esa maga  
Evocadora; el ritmo siempre joven;  
El caprichoso vuelo de las alas;  
El vino que chispea en las botellas  
Y la Mujer.

Absorto meditaba

Y aquel acento prosiguió:

La Carne

Florece; ama las pálidas  
Tonalidades de esa flor, el mármol  
De los cuerpos, esbeltos como estatuas.  
Las cabelleras flotan como clámides  
Llenas de aromas enervantes, lánguidas  
Como las tardes del otoño: prende  
En ellas, como rosas sanguinarias,  
Tus deseos ardientes y las fiebres  
De tu virilidad. Las manos blancas  
Son anémicos lirios; son claveles  
Los labios entreabiertos por la extraña  
Sed del amor y el éxtasis supremo:  
Que tus besos vibrantes, en parvada,  
Como áureas mariposas, se acurruquen  
En sus corolas. Las caderas amplias  
Tienden su curva triunfadora: cubre  
Con el velo lascivo de tus ansias  
Su lírico ondular, y que resurjan,  
Flores del mal, las perversiones sabias.  
Las pupilas son astros que agonizan,  
Estrellas moribundas que se apagan  
Del espasmo en la noche: enciende en ellas  
El fulgor del placer, hasta que nazcan  
Las ojeras, las lívidas violetas  
Del cansancio. Las nuca son doradas  
Custodias que aparecen  
Sobre la nieve pura de la espalda:  
Lleva á ellas tus labios en la misa  
De tu pasión satánica.  
Los senos son las copas del deleite:  
En ellos tu sed sacia,  
Mientras callan los besos y en la alcoba  
La aurora del hastio se levanta.....  
¡Oh, la alegría de vivir! La Carne .  
Florece..... ¡Vive y ama!

F. M. DE OLAGÍUBEL

1899.



“EL CASTILLO SIN NOCHE” (\*).

«... Suplico encarecidamente que no se indigne nadie; en primer lugar mis intenciones son puras; voy sólo á visitar aquellos lugares. Y, además, el «Yoshivara» es en el Japón una de las más respetables instituciones sociales.... Es un lugar de paseo y de ostentación frecuentado hasta por las familias; no sólo lujoso y espléndido, sino también casto en lo posible; casi litúrgico, casi religioso.»

PIERRE LOTI.

Y si alguien dudara de la sinceridad que me anima al abroquelarme en este epigrafe, le diría. En el Japón, entre los múltiples actos que forman la sabia y complicada Ceremonia del Thé (la «Tchanoyú»), después de admirar los Kakemonos empolvados y gloriosos y de justar en el artístico torneo donde triunfa el que más armoniosamente ha juntado el plumón de esmeralda del bambú con la regia peonía; la nieve de azur del lirio acuático con el pino estelado de las montañas; el terciopelo de la hoja de begonia con el marfil deshebrado de una loca crisantema blanca, entre esos actos, hay uno que obliga á los numerosos actores de la ceremonia á beber uno tras otro el «saké» el vino nacional en una misma copa.... Rompiendo con las sutiles pragmáticas de una inexorable etiqueta,

(\*) Uno de los significados de «Yoshivara» que literalmente debe traducirse «Campo fértil.»

siempre me he rehusado á plegarme á aquella exigencia! La copa de laca y oro era hermosa, sin duda, y quizás ambrosía divina el «saké» de su seno; pero... esa copa era de todo el mundo! Después de anotado este hecho, cualquiera se explicará mi incorruptible actitud al visitar el gran Yoshivara.

\* \* \*

En Tokio, las calles de los populosos arrabales están formadas por interminables hacinamientos de casas de un solo piso abrumadas por techumbres sombrías y en cuyos maderámenes teñidos por oscuras patinas arrojan de noche un sofocado fulgor de ópalo las encarrujadas linternas de papel. De día la magia del sol enciende en las bajas fachadas milagros de colorido y el *Kimono* matizado de una *musmé* basta para llenar de pintoresco júbilo aquellas sordas tonalidades. Y mientras el sol alumbrá

hay un factor de alegría: el ruido, la algazara de las bandadas de «muskos» que llenan el arroyo con policromías de flores y músicas de gorriones bohemios; el ruido de los mil pregones lanzados por caravanas de mercaderes; el rumor incesante y noble de los oficios que vuela en torno de los sonoros talleres.... Pero de noche los ruidos cesan ó se convierten en gemidos.... son el pífano del errante ciego que hace el masage; el estallido de los crótalos de seca madera que golpea el insomne vigilante de incendios ó la «Uta» dolorosa, el canto de una «musmé», cuya alma más triste y más lácia que sus largos cabellos despeinados, despier-ta hondos gemidos en el sordo cordaje de su largo laúd de ébano....

Y la vía que conduce al Yoshivara es una fúnebre y desolada vía! Parece que las sombras se agolpan como para detener al que marcha hacia el Pecado, dándole ocasión y tiempo para que medite y desande sus pasos....

Una hora.... dos horas, en que el ligero carrujillo de laca parece correr sin avanzar rodando sobre el mismo sitio.... Y en la mente un mareo al distinguir en el rápido desfile, durante leguas enteras, las mismas casas sombrías, alineadas en iguales calles surcadas por el ir y venir de idénticos transeuntes!

Partiendo del aristócrata barrio de Akasaka, atravesando la avenida «Guinza», que es la principal de Tokio y que como su equivalente en Mexico se llama calle de «Plateros», habíamos enfilado las calles mercantiles costean-do el barrio de los graneros y salvando los puentes de una Venecia exótica tendidos sobre canales de indecible melancolía. Y luego al borde del «Sumida-gawa» del río en que rielaron las lunas de los galantes festivales celebrados por Edmundo de Goncourt en sus sabias monografías japonesas, dejamos á un lado los templos de Asakusa cuya altísima pagoda destacaba su monumental silueta sobre las cenizas luminosas del espléndido cielo estival.

«Umayá Bashi», «Azuma Bashi», otros tantos puentes tendidos sobre el río «Sumido» que tuvimos que atravesar para caer de repente, arrojados por la ciudad rumorosa, en una inmensa planicie desierta, atravesada por violentas brisas, inquietada en su silencio por el hipo ronco de millares de ranas y entre cuyos surcos, como astillas de espejos destrozados, brillaba á trechos el agua encharcada entre las matas de arroz.... Interrogué al *Kurumaya*, creyendo que hubiera equivocado su camino, pero el infatigable corredor á modo de respuesta extendió su mano reveladora hacia el horizonte enigmático....

\*  
\*  
\*

No había, en efecto, equivocado su camino! Un inmenso fulgor de estrellas pulverizadas, brillaba sobre el acerado gris del cielo, hacia donde elevaba sus vértices el follaje anguloso de los pinos. Una última carrera al través de la campiña negra y como en medio de las hondas tenebrosidades de la pesadilla se enciende de pronto el apoteosis feé-

rico de un sueño encantado, de súbito, al volver en mí de un pasajero ensimismamiento, caí derrumbado en un luminar maravilloso!....

Qué verso de Ariosto, encendido con la luz prodigiosa de los castillos de Armida, se cuajó ante mi vista en un radioso y único deslumbramiento?....

Era la pertinaz obsesión de las casas deprimidas, en las tristes calles atravesadas, la que por reacción exaltaba los palacios incendiados y magníficos de aquel lugar de ensueño?....

Frente á mí tendía su pavimento una avenida anchurosa cuya pródiga iluminación ofuscaba.... A un lado y otro palacios, moradas regias, alcázares de varios pisos culminantes, únicos en todas las metrópolis de este Oriente remoto! Y formando el alma de aquella atmósfera, arpegios de laudes y de cítaras que sollozaban á lo lejos y un aroma tibio y almizclado, almizclado y tibio como el perfume que se escapa al abrir un invernadero....

Aquello no podía ser un banal mercado de vicio; quizás era, substanciada, la promesa extraterrestre de Mahomet, el oasis donde las huries moraban; tal vez aquello era el versículo azul y dorado del Korán....

\*  
\*  
\*

A un lado y otro, el primer piso de cada mansión ostentaba un gran aparador, defendido por frágiles varillas, una jaula espaciosa donde las hetairas de trajes ostentosos y peinados de aparato se mantenían sedentes, acurrucadas como en el crepúsculo las aves de una fabulosa «aviarium», con la fragancia, la inmovilidad y el colorido de las rosas de una floresta mágica. Las estrofas, sugeridas por aquel espectáculo que irradiaba lirismo, batieron sus alas en mi mente:

La Venus de aquel templo no es la bacante loca!  
Rara vestal que luce hierático vestido,  
Su boca está dorada: un Dios besó su boca  
Y negros son sus dientes que el misterio han mor-  
(dido.

Ved de las hetairas el albo rostro austero....!  
Contemplad las sedentes en silencioso cetro  
Como flores dormidas en un invernadero,  
Como aves inmóviles en sus jaulas de oro!

La flor de lis que infama, no fulminó su rayo  
Sobre sus hombros blancos! y al resplandor fe-  
(béo

Como un jardín ostenta sus flores el serrallo  
Y se abre cual los nidos el áureo gineceo!....

\*  
\*  
\*

La principal avenida es interminable. Cada piso de cada casa es un harem, detrás de cuyas barras menudas, aparecen mudas é inertes las odaliscas, sentadas sobre las esteras de bambú finísimo. A primera vista sorprende la semejanza de los trajes suntuosos.... Es que cada casa tiene una librea, un con-

vencional uniforme, y sobre los brocados aurescentes ó sobre los crespones fluidos y vaporosos algo como un blasón: un símbolo floral ó un ornamento heráldico. Hay grupos en que las túnicas escarlatas están bordadas con espigas de oro; otros sobre los ropajes negros lucen volutas de olas azules ó en el fondo de amarillo mandarín ostentan una triada de hojas de thé.

Sucede á veces que en los bordados del *kimono*, puede leerse el nombre de su posesora. . . . La que se llama «Tsurú» ostentará en su traje un bando de garzas á vuelo tendido sobre el éter ó esponjándose en parejas junto á un río. La llamada «Momotaro» lucirá la imagen ó los atributos del infante heroico; «Yuki» un paisaje nivoso; «Matzú» el pino; «Tsubaki» la Camelia; «Také» el bambú. . . .

Invariablemente, frente á cada beldad se mira una pequeña caja de laca roja y oro que es á la vez tocador y estuche de fumar. Con movimientos automáticos, como ejecutando un rito, encienden la nivelada y breve pipa que se agota en dos fumadas, ó de prisa y como furtivamente pasan sobre su rostro la borlilla de polvos y con un pincel minúsculo renuevan sobre sus labios el oro y el carmín. Luego vuelven á su inmovilidad de muñecas, dejando que á sus espaldas brille, sobre el negror sedoso de los biombos, el Bestiario furioso, los airados leones de Korea, los dragones retorcidos ó los desbocados unicornios que bordó con oros resplandecientes un artista febril y alucinado. . . .

Y al ver aquellos rostros exangües cuya artificial blancura hace resaltar el negro absoluto del aparatoso peinado, ante aquellos rostros afilados de ambiguas miradas y áureos labios, mirando aquellos trajes empapados en las lumbres del iris y substraídos del guardarropa de las hadas, se piensa que aquellas mujeres irreales é inverosímiles, arrobadas en largos pasmos y como suspendidas en éxtasis extraños son las odaliscas del serrallo de algún genio, desposadas de gnomos subterráneos, tributarias de algún minotauro, todo menos lo que son en realidad! . . .

\* \* \*

Los anales galantes del Yoshivara abundan en testimonios del poder de seducción que aquellas sirenas han ejercido desde remotos días sobre daimios y ricos homes y con ejemplos de ambiciones desenfrenadas y trágicas perfidias, confirman la universalidad del tipo. Es Salomé, es Dálila, la misma Onfalia afeminando al héroe sobre cuya negra armadura se posan los pies diminutos y envilecedores. Una idéntica y siniestra Valois, cuelga á su cintura como un trofeo los corazones embalsamados de sus amantes, sólo que la *goule* se llama Ko-

murasaki y el que sucumbe en el voluptuoso infierno es el señor de un «Yashiki.» El oro de los feudos, la sangre humana misma, corren perdidos, por las miradas de aquellos ojos rasgados y por las sonrisas de aquellos labios de oro. Por una de aquellas beldades una encarnizada guerra entre dos daimios asola dos provincias. Los príncipes, agotado el último «río» de sus fabulosos tesoros, se abren el vientre, ejecutan el «harakiri» que lava con sangre la deshonra. . . .

Esos mismos anales registran caprichos cesáreos. . . . Aún puede verse en Yedo, un canal anchuroso que cruza barrios enteros excavado por millones de siervos y que un viejo daimio hizo construir para ir cómodamente de su palacio al Yoshivara donde moraba la «oirán» que lo enloquecía. . . .

\* \* \*

Cuando decidí retirarme, tras de mi superficial visita, era la hora radiosa del «Castillo sin Noche.» Numerosos grupos de visitantes aflúan en la anchurosa y dilatada avenida que cruzaban centenares de brillantes «djinrichis.» Los elevados faros arrojaban torrentes de luz; comparsas de *queishas*, aristocráticas bailarinas y cantantes, salían ó entraban á las casas de thé iluminadas *á giorno* y llenas de músicas y cantos. . . .

Pero á pesar de aquella brillante *mise en scene* que al principio se me antojó un apoteosis, un invencible desencanto se insinuaba en mi espíritu.

Establecimiento oficial, «casi litúrgico, casi religioso,» institución social, lo que se quiera, pero que no era al fin y al cabo más que un mercado, un bazar de mercancías más ó menos aderezadas. . . . Y luego el abismo insondable que separa nuestro ideal de aquellos rostros de artificial blancura, bajo cuyos cosméticos se transparenta la piel amarilla y aquellos ojos por donde se asoma una alma que desconocemos hasta creer convencidos que no existe. . . . ¡Ah, no! fácil es enamorarse de una estampa de Utamaro y sentirse helado ante el modelo reducido á realidad. . . .!

Y por último, pensar que la más brillante de de aquellas beldades no era al fin y al cabo más que la copa de «saké» de laca y oro circulando de boca en boca para calmar la sed de todos. . . .

No la sencillez, el refinamiento quizás, nos ilusionaba á las puertas del «Castillo sin Noche» con el ensueño de beber amor; pero en las ondas frescas de un venero inviolado, apartando hojas de violeta; de beber apagando la sed infinita, en el cáliz de una magnolia ó en el hueco de la mano; pero beber amor hecho agua clara!

Yokohama, Septiembre de 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

## LA MUSA RURAL.

---

Musa mía, canta el gallo!  
A la puerta, inquieto, falca  
El indómito caballo  
Que en el duro suelo calca,  
Resonando, el férreo callo.

Ponte, alegre y retozona,  
Largo traje azul de cielo,  
Con tu látigo y tu velo  
De amazona.

Vete al campo hecha una diosa,  
Que ya está la Primavera  
Enflorando su abundosa  
Cabellera.

\*

¿Ves las flores do tus ojos,  
Son cual dos insectos presos?  
Por los vívidos excesos  
Son sus pétalos tan rojos:  
Por los besos.

Bésalas Febo, y es fama  
Que ellas le adoran también.  
Cuando el Alba da su flama,  
Es que el sacro soldán llama,  
Y está listo ya el harén.

Rojos labios, se estremecen  
Bajo el ósculo imperial. . . . .  
Si, embriagadas, se adormecen,  
Novias gráciles parecen  
En la cámara nupcial.

\*

Mira el Sol cómo se asoma  
Tras la cumbre de una loma  
A dorar algún capullo  
O el plumón de una paloma  
Que se esponja en el arrullo;

Sol que hace aguas en el buche,  
O de un toro en la cerviz,  
Y oros pone entre el estuche  
De las matas de maíz.

Mira qué sol, Musa mía! . . . .  
Su luciente dardo agudo  
Hunde en la copa sombría,  
O de un lagarto ventrudo  
Se quiebra en la crestería.

En las espigas esplende,  
Fecunda el grano de Osiris,  
El río elástico enciende,  
Y de los saltos desprende  
Gotas de iris.

Y cuando se entre en el bosque,  
Y alfombre de oro la yerba  
Do paste, incauta, la cierva  
Junto el reptil que se enrosque,

Tú verás las flores todas,  
Entre el follaje prendido,  
Cómo se hablan al oído  
Sobre secretos de bodas. . . . .

¡Cuál se aduermen las indinas,  
Bajo el rubio alumbrador!  
¡Perfumadas concubinas  
De un asiático Señor!

\*

Musa mía! Ven, parlera,  
Entre los nidos dispersos;  
Y dé tu lira hechicera,  
Para entoldar la pradera,  
La floración de sus versos!

Veamos, del ave que en vuelo  
Entre las nubes resbala,  
La comba que hace en el cielo  
Al volar, sesgada el ala.

Entra y duerme en el bohío,  
En donde se oye la nota  
Del viento que zumba frío,  
Y de la olla que barbota  
Con hastío.

Vese alto mozo que grita,  
Brioso corcel que se irrita  
Y el cuello dobla cenceño,  
O el fogón donde crepita,  
Rojo de cólera, un leño.

\*

Mira del bosque el follaje  
—Revuelto mar de verdura—  
Do el ceibo muestra el cordaje  
De recia musculatura;

Donde por cóncavas salas,  
Huyen las fieras zahareñas,  
Cuando se enredan las alas  
Del huracán en las breñas.

Cruje el roble, antes sereno,  
Ronco viento lo deshoja,  
Y, entre el espanto del trueno,  
Le clava el rayo en el seno  
Su hacha roja.

Calla el trueno; orla de espumas  
Llevan los ríos fugaces;  
Tiende sus pálidas brumas  
El crepúsculo, y las plumas  
Se sacuden las torcaces.

\*

Verás: la luna hechicera  
Nieva luz en la pradera;  
Y tal blanquea en el llano,

Que uno piensa que pudiera  
Coger nieve con la mano.

Verás lo que nadie ve,  
Cosas bellas, lindas cosas:  
La huella que deja el pie  
Del silfo sobre las rosas;

Castá diosa que sepulta  
Su desnudez en las frondas;  
Ninfa que, huyendo, se oculta  
Y elfos que bailan en rondas.

\*

Aprende, Musa! Atesora!  
Te da sus tintes la flora,  
Y nuevas notas están  
Brotando de la sonora  
Dulce flauta del dios Pan.

Toma luz, savia y olores;  
Aspira sobre las cimas  
Alientos germinadores;  
Y que revienten tus rimas  
Como revientan las flores!

SANTIAGO ARGUELLO H.  
(Nicaragua).

## ¡PFT! ¡PFT!

En un tiempo y en un país que no podría yo precisar (porque en verdad ese país ha llevado todos los nombres y ese tiempo es de todas las épocas), existía una vez una mujer de la que tampoco puedo hacer un exacto retrato.

En efecto, todos la veían de un modo diferente, y todos tenían razón, puesto que de ese modo la encontraban bien. Por lo demás, bueno es decir que ella no hacía nada por ser juzgada de tal ó cual manera; se contentaba con ser en realidad todo lo que se le creía ser, ignorando ella misma lo que era.

Algunos sabios insinuaban que sin duda no era ella nada, y otros, más sabios todavía, agregaban que de eso precisamente le venía su encanto. La comparaban con las nubes, cuyo atractivo depende del soñador que las contempla, y á las sinfonías del mar, en las que se oye la música que en nuestro interior canta.

Seguramente, los susodichos sabios no eran muy torpes en sus comparaciones, y sin embargo, como todos los sabios, eran grandes locos; porque ese *nada* que tan desdeñosamente trataban, era también *algo*, y la prueba era que no podían dejar de ocuparse en él y de buscarle una explicación.

Mucho más sabios tal vez eran los locos de atar que no buscaban esa explicación y buenamente tomaban á la mujer misteriosa tal como era, ó por lo menos como ellos la creían, y así vivían para ella y en ella.

Vivían, sí, y ¡ay! morían también. Y morían después de haber sufrido anteriormente esas mil muertes en pequeño que se llaman el deseo no satisfecho, la fe engañada, la esperanza sola, el amor celoso, la pasión traicionada.

Y para qué ese ¡ay! Estas mil muertes en pequeño, ¿no forman precisamente la vida? . . . . Y los amantes se arrojaban alegremente al sufrimiento y lo saboreaban como si tuyieran por divisa estos versos de un poeta:

Va, prends ma vie; elle est à toi, je te la livre.  
Ecris ce qu'il te plaît sur ce grand vélin blanc.  
Déchire, si tu veux tous les feuillets du livre.  
Mange ma chair, bois mon esprit, vide mon flanc.  
Mais vivons! C'est encor vivre  
Que de voir couler son sang.

Pero, en descargo de la mujer misteriosa, debemos hacer constar que no los hacía sufrir de ese modo por crueldad; no era malvada, y aún, en muchas ocasiones, tenía accesos de ternura, de bondad compasiva, y se apiadaba sinceramente de aquellos á quienes iba á hacer desgraciados. Muy á menudo sucedía que con toda lealtad, los advertía, diciéndoles:

—¿Sabes que no te amo?

A lo que, generalmente, le respondían:

—¿Qué importa? Yo te adoro.



“BACO” DE MIGUEL ANGEL.—FLORENCIA.

Y realmente, después de esto, con qué derecho hubieran podido quejarse las gentes á quienes ella engañaba y torturaba.

Sin duda á otros les suspiraba, toda trémula: te adoro.... y luego los engañaba también; pero tenía entonces esta disculpa:

—Yo también estaba engañada; creía amarle; no es culpa mía. ¡Oh, cuánto me hace sufrir mi error!

Y lo decía tan lindamente, de tan buena fe, que siendo juez imparcial, era preciso darle la razón.

Además, acababa siempre por trocarlo todo en risa, aun sus propios sufrimientos, y con mayor ra-

zón los ajenos. El fondo de su filosofía, (porque ese *nada*, á pesar de la opinión de los sabios, tenía su filosofía), era que no debía darse importancia á nada.

No tenía el corazón duro, puesto que hasta solía llorar; pero una vez vuelta la espalda no pensaba más en su pena y pasaba á otras ideas, haciendo, con un gracioso movimiento de labios:

—¡Pft! ¡Pft!

Lo que ocasionó que un sabio lenguaraz la apodara «la señorita ¡Pft! ¡Pft!»

Ella no se molestó, sino al contrario, lo tuvo á va-

nidad. El sobrenombre le pareció divertido, y reflexionando con calma (porque ese *nada* reflexionaba) le encontró un empleo cómodo.

En lo de adelante, en vez de buscar disculpas para su conducta, en lugar de dar explicaciones á los que la interrogaban como á una esfinge, respondió á todo sencillamente:

—¡Pft! ¡Pft!

Y entonces el sabio lenguaraz dijo, golpeándose la frente y admirando su genio inventor:

—¡Diablo! ¿Habré hecho un gran descubrimiento, sin sospecharlo? ¿Habré encontrado la clave del enigma?

Y tanto y tan largamente pensó en ello, que se enamoró perdidamente de la mujer misteriosa de quien imaginaba haber dilucidado el misterio.

A decir verdad, como era un sabio, y por lo tanto uno de esos orgullosos tan hábiles para engañarse á sí mismos, no quiso confesar que estaba enamorado y se arrulló con la idea de que obedecía sencillamente á un deber científico.

—No,—repetía complacido—no me ha seducido esta muñeca. Me empeño en estudiarla; eso es todo.

Y como el vulgo, ni más ni menos, se puso á estudiarla, haciéndole la corte, deseándola, teniendo sed de ella; en suma, queriendo analizar esa alma en su retorta, se ocupó ingenuamente en llegar á hundirse á su vez en el hueco de aquel lecho en donde tantos otros habían caído, y como tantos otros el pobre sabio, el deplorable sabio, cayó también, sin saber siquiera si era amado.

Ella hubiera podido afirmarle que no, como lo había hecho lealmente con éste ó el otro; pero con él, á causa de sus pretensiones de adivino y de suspicaz, se divirtió con no ser franca, y cuando la preguntaba, perdido de pasión, le contestaba, sonriendo, la mirada en otra parte:

—¡Pft! ¡Pft!

Lo engañó, no hay que decirlo; pero esta vez con malicia y crueldad, dándole por rival á un completo imbécil.

El pobre sabio hubiera tenido la cobardía de perdonarla, si hubiese consentido en hacer una confesión, y aun en caso preciso, él hubiera explicado sabiamente esta depravación del gusto, hasta llegar á la disculpa y la absolución. ¿No es un efecto natural de contraste que la mujer prefiera un bestia á un espíritu de elección? Esto lo hubiera demostrado él magistralmente para darle gusto.

Pero ella no le dejó ni ese consuelo. Cuando él preguntó, llorando, si debía creer en el rival, y cuando propuso con humildad á la culpable proclamarla inocente, ella hizo una mueca y murmuró:

—¡Pft! ¡Pft!

Conoció él entonces todas las rabias de los celos y de la desesperación. Llegó á concebir los más criminales proyectos, y no los ocultó, amenazándola con hacerla responsable.

—Sí,—gritaba—mataré á ese rival á quien me sacrificas.

Ella movió la cabeza, en señal de que no creía en ese propósito sanguinario, y agregó:

—Y aun cuando así fuera. . . . ¡pft! ¡pft!

Transformado en bestia feroz, el sabio se hizo más brutal que la amada. Una noche se emboscó,

degolló y despedazó al desgraciado, le arrancó del pecho el corazón y vino á arrojar á los pies de la mujer este horrible trofeo, aún palpitante.

Esta vez, ciertamente, ella se espantó un poco; pero viendo un relámpago de triunfo en los ojos del asesino, no quiso darle esa victoria. Se irguió contra su terror, contempló tranquilamente el horrible pedazo de carne roja, lo tocó con la punta de su sombrilla, é hizo con una graciosa mueca:

—¡Pft! ¡Pft!

—¡Oh, monstruo, monstruo! exclamó el sabio, te mataré también á tí. Sí, te mataré. Quiero saber si tienes corazón y lo que hay dentro, en fin, y lo sabré. Lo quiero, lo quiero.

Tenia la mirada vaga y las manos temblorosas.

—¿Lo que hay en mi corazón? respondió ella sin conmoverse. Voy á decirte lo que hay; es muy sencillo, vamos. Hay esto.

Y viéndolo fijamente le lanzó todavía su burlón:

—¡Pft! ¡Pft!

Entonces él perdió completamente la razón. Con sus manos de dedos crispados empuñó el cuello de la mujer, ese cuello tan blanco, tan delicado, que adoraba, y apretó sin piedad, largo tiempo. . . . largo tiempo.

No tuvo ella ni la fuerza de gritar; se estremeció apenas como un pájaro á quien se ahoga; pero al morir, su último suspiro se exhaló como una suprema respuesta, porque el imperceptible aliento decía aún:

—¡Pft! ¡Pft!

—Al fin, rugió el sabio cuando ella estuvo bien muerta. Ya no dirás tu *pft, pft*. Ya no te burlarás de mi amor ni de la ciencia; y como en vida te estudié, voy ahora á estudiarte muerta.

Se puso á disecarla concienzudamente, esperando verificar que era *nada*, y se convenció de ello realmente, pues en ninguna parte le encontró el alma que le negaba.

Esto lo hizo feliz, y para perpetuar su alegría y tener siempre presente el testimonio de su victoria, el implacable sabio se dió mañas. O más bien, inconscientemente, el inconsolable amante tuvo la idea fantástica de *curtir* á la mujer misteriosa y de darle de nuevo una forma viviente.

Porque siempre la amaba, y más que nunca la amó cuando hubo inflado el abominable despojo. En su aberración adoradora, la encontró todavía hermosa, se arrodilló ante ella y le pidió perdón. ¿Qué es lo que no puede la locura?

Enajenado, perdido, llegó hasta á desear de nuevo á ese manequí de piel lleno de viento, y en una brama rabiosa se arrojó sobre aquel horror para poseerlo.

Y de pronto cuando sus amantes brazos estrechaban frenéticamente esa odre, cuando sus dientes la mordían con besos siniestros, se hizo un desgarramiento y por esos labios monstruosos se escapó un largo silbido, fustigándole el rostro con esta ironía póstuma:

—¡Pft! ¡Pft!

JEAN RICHPIN.

Traducido especialmente para la «Revista Moderna.»

DE JOSE JUAN TABLADA.  
DEL LIBRO "OBSIDIANAS."

I

Baja á veces el Alma del palacio en que mora  
Y al mirar en las gradas de la vieja capilla  
La descarnada mano que la limosna implora,  
En sus ojos piadosos una lágrima brilla....

\*  
\*  
\*

Y mientras en el fondo del bosque, la trahilla  
Se sacia en los despojos del ciervo que devora,  
Con su hijo en los brazos la madre se arrodilla  
Y el niño bebe el llanto que aquella madre llora.....

\*  
\*  
\*

Pero á la Infanta abruman ansiosos pensamientos  
Cuando abre conmovida la pródiga escarcela;  
Pues sabe que la fuente de aquel eterno lloro

\*  
\*  
\*

Es honda, más profunda que los remordimientos  
Y que ese irremediable dolor no se consuela  
Con la fugaz ofrenda de una moneda de oro....

II

Y el Alma tiene un sueño volviendo á su castillo,  
Donde llenó de cantos efimeros sus días  
Y bordó soñadora, vanas tapicerías  
Que hoy lucen á sus ojos con apagado brillo;

\*  
\*  
\*

Soñó en las amarguras dolientes y sombrías  
Que ocultas sollozaban al pie de su rastrillo;  
Soñó en los infelices y en el Dolor, Caudillo  
Despótico y siniestro de tantas agonías....

\*  
\*  
\*

Y al fin lloró la Infanta con los desamparados.....  
Para calmar miserias y sosegar dolores  
Hará con sus suntuosos vestidos desgarrados

\*  
\*  
\*

El galardón del triunfo para los vencedores  
Y vendas amorosas para los desdichados,  
Y lábaros purpúreos para los vengadores!

III

Quizás mañana el Alma, reina consoladora  
Para librar al Pobre del obstinado frío,  
Y por secar su llanto de pertináz hastío  
Haga una inmensa hoguera con todo lo que adora..

\*  
\*  
\*

Será su ira el alma de un ciclope sombrío!  
Incendiando su yunque con ráfagas de aurora  
Forjará la campana de la voz redentora  
O las hachas filosas para el combate impíol

\*  
\* \*

Nueva Juana de Arco sucumbirá en la hoguera  
Feliz, si entre las llamas escucha transformada  
En ronca Marsellesa la queja lastimera,

\*  
\* \*

Si ve que la Miseria por Dios está amparada  
Y en sus pálidas manos la muchedumbre entera  
Alza un pendón triunfante y una implacable espada!

Yokohama, Septiembre 1900.

---

## COMEDIETTA.

---

En un parque de Watteau  
Que llena de rosas Junio  
Y que un claro plenilunio  
Con su luz opalizó.

—  
Cambiando el esplín en farsa  
Y á la Luna por el Sol,  
Está toda la comparsa  
Del sainete y de «Guignol» . . . .

—  
En un prado del jardín  
Mira absorto Pulcinela,  
Brincar una cascatela,  
De la boca de un delfín;

—  
Pierrot su laúd afina . . . .  
Se oye un «muera» á la virtud.  
Estentóreo, y Columbina  
Planta un beso al del laúd!

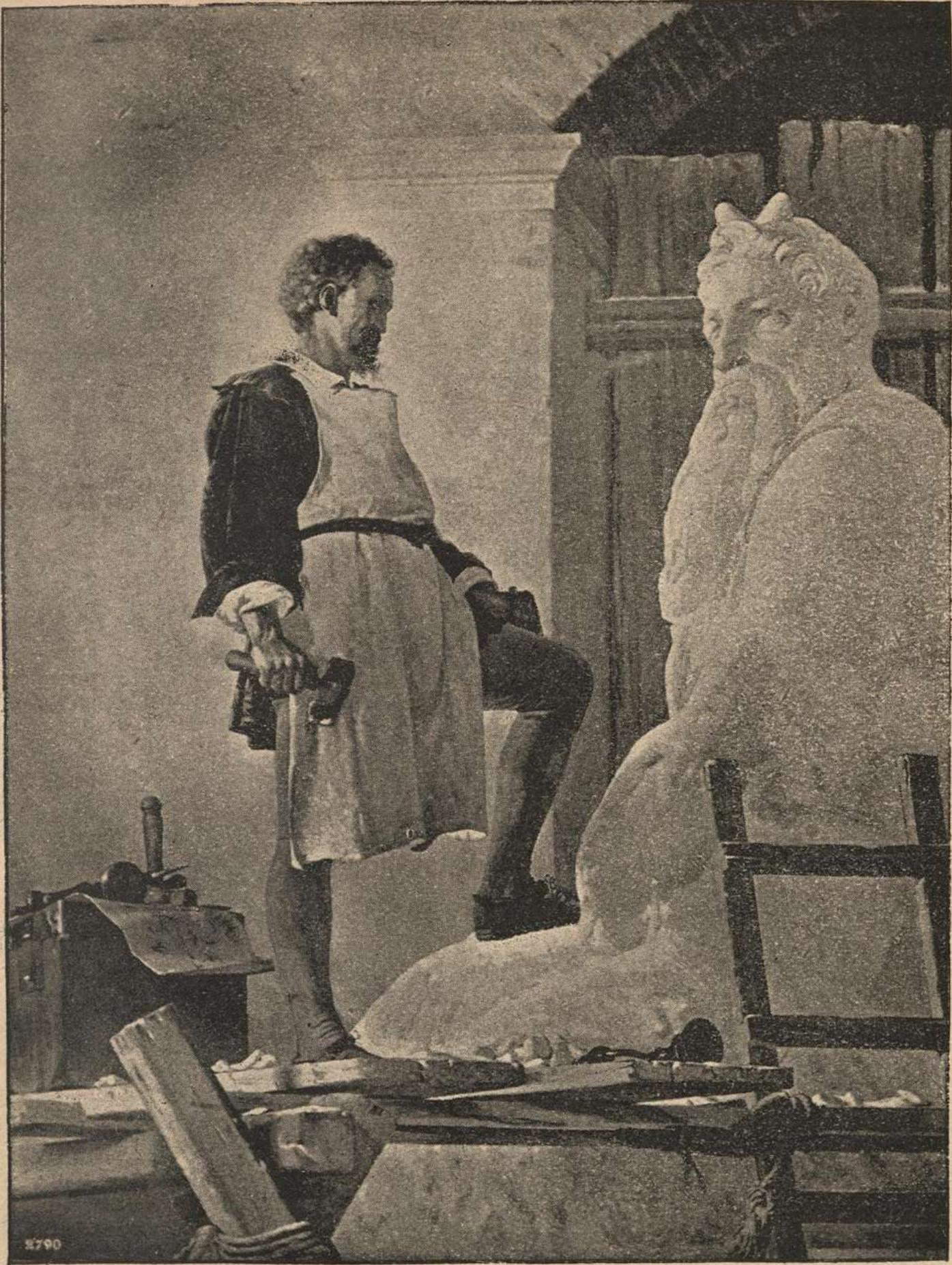
—  
Mientras que Casandra á solas  
(Ha libado tres botellas)  
Cuando vuelan las luciolas  
Cree que bajan las estrellas!

—  
Qué color de pastoral!  
Cuánta luz la escena irisa!  
Cuánto beso; cuánta risa,  
Cuánto fresco madrigal!

## II

Mas de pronto, en la espesura,  
La comparsa oye asombrada  
Un sollozo de amargura  
Después de una carcajada . . . .

—  
Y corren hacia el confín  
Tras de Casandra que vuela,  
Con su jiba Pulcinela,  
Con su máscara Arlequín.



MIGUEL ANGEL ESCULPIENDO SU "MOISÉS."

\*  
\*  
\*

Llegan y qué ven? Un rayo  
Lunar, baña á Columbina;  
Con angustia y con desmayo  
A sus pies Pierrot se inclina

\*  
\*  
\*

Y en vano él su voz acalla  
Suplicándole el secreto,  
Pues Columbina que estalla  
Dice al auditorio inquieto;

\*  
\*  
\*

—Queréis que el misterio os diga?  
¡Vamos!... es una tontuna...!  
Pierrot, siempre sin fortuna,  
Quiere ahorcarse con mi liga  
En un rayo de la luna.

Octubre 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA

**BELKISS.**

A BARTOLOMÉ CARBAJAL.

Detén, Belkiss, tu tropa de elefantes  
Ante el caliente nido de mi tienda,  
Y entra, maga gentil de mi leyenda,  
Con tu traje de telas deslumbrantes.

Muéstrame tus unguentos, tus diamantes,  
Los cofres y las copas de tu ofrenda,  
Y deja reposando ante mi tienda  
La tropa de tus blancos elefantes.

Y cuando ya en mis labios delirantes  
No encuentres el fermento que te encienda,  
Envuélvete en tus sedas coruscantes,  
Y con tu blanca tropa de elefantes,  
Vete, Belkiss, del nido de mi tienda.

México, Noviembre 23 de 1900.

EFRÉN REBOLLEDO.

**A NUESTROS SUBSCRIPTORES.**

Como obsequio de principio de año, el número de la «Revista,» correspondiente á la primera quincena de Enero próximo, constará de treinta y dos páginas, impresas en magnífico papel extranjero, y estará dedicado exclusivamente á la publicación del «Preludio» de la tragedia «Dulcinea,» obra inédita de nuestro redactor en jefe D. Jesús Urueta, con ilustraciones de D. Julio Ruelas.

**“EL ENEMIGO.”**

Como prima de fin de año, con el número correspondiente á la segunda quincena de este mes se repartirá á nuestros abonados «El Enemigo,» novela del joven escritor D. Efrén Rebolledo, editada por la «Revista Moderna.»